



La autoridad afectiva se basa en el amor por los propios hijos.

La autoridad de los padres y madres

BRUNO FERRERO

Los padres y las madres son para los hijos lo que el muro es para la hiedra. Sin pared, la hiedra sería sólo una criatura rastrera. Hoy día, culpar de debilidad educativa a la familia es casi un deporte nacional. Es como decir: ya no hay ningún muro... Somos herederos de una sociedad llena de reglas y códigos relativamente definidos en la que ejercer la autoridad era relativamente fácil. Pero en la sociedad occidental de hoy que, en el campo educativo, trajo el triunfo del individualismo y el relativismo, los padres están como abandonados a su suerte y a tener que enfrentar niños, y sobre todo adolescentes que, por lo menos en apariencia, reclaman casi espontáneamente suprimir todas las prohibiciones y querer prescindir de algunas presencias, que aunque significativas, aparecen como molestas para la construcción de una personalidad autónoma.

No es difícil verificar que hay una crisis radical de autoridad. Para poder hacer una reflexión eficaz sobre esta situación, es bueno distinguir tres tipos de autoridad: la autoridad formal, la autoridad moral y la autoridad afectiva.

La autoridad formal

La autoridad formal es la más espontánea. Es la que establece prohibiciones y permisos.

Si bien es bueno explicar siempre a los niños por qué una cosa está prohibida y por qué no se puede hacer, hay que reconocer que la autoridad formal presupone una cierta dosis de arbitrariedad. Es precisamente contra este carácter arbitrario que los niños, adolescentes y jóvenes protestan y es precisamente por esa razón que esta forma de autoridad exige más aún que las otras dos, el total acuerdo de los padres.

Algunos padres encuentran atractiva la orientación autoritaria. El castigo parece ser un método disciplinario eficaz. De hecho, pone fin a los comportamientos equivocados y crea un sistema de control muy evidente. El problema es que los resultados a largo plazo son nocivos: rebelión, deshonestidad, baja autoestima y resistencia extrema. Los hijos aprenden la existencia de un control exterior más que un sentido interior de responsabilidad personal. Aprenden a mentir. Aprenden que una acción no es equivocada si nadie los descubre. Los padres autoritarios tienen que sancionar las faltas con alguna forma de dolor, suspendiendo concesiones u obligando a los hijos a sujetarse a ulteriores trabajos domésticos. Todo esto enrarece y hace pesada la atmósfera familiar.

La autoridad moral

La autoridad moral es la más difícil. Se afirma sobre la interiorización por parte de los hijos de lo que para los padres es bueno o malo, justo o equivocado. Los padres tienen que dedicarse especialmente a la formación de la conciencia de sus hijos.

Obviamente un niño, y todavía más un adolescente, serán muy sensibles a las eventuales contradicciones de los padres o de la sociedad. En estos casos no dejará de pensar primero y de decir después: “¡Me pides que haga así, pero tú no lo haces!” o “Tú dices así, pero papá dice lo contrario” o “Pero no hay nadie tan retrógrado como tú”.

La dificultad más relevante de este tipo de autoridad está en que los niños, adolescentes y jóvenes viven hoy en un mundo en el que los adultos no están seguros de sus convicciones. Nuestros hijos estarían mucho más seguros de sus valores si nosotros estuviéramos más seguros de los nuestros.

La autoridad afectiva

La autoridad afectiva se basa en el amor por los propios hijos y en el deseo de que se sientan felices y realizados. Los niños respetan y aman a sus padres porque los han querido, los aman, los consuelan y les hacen los gustos siempre que pueden. Para responderles, se sienten obligados a dejarlos contentos, consintiendo sus pedidos como preparar la mesa, por ejemplo, o esforzarse en el estudio.

En general, la autoridad afectiva, tanto de la madre como del padre, es una autoridad que estimula, porque transmite

al niño la sensación de que obrar bien le hace bien. Esto no quiere decir que los padres que prefieren este tipo de autoridad se opongan a algunos “no” decisivos que tendrán que interponer ante sus hijos, porque una actitud de resignación o de excesiva flojedad será interpretada inmediatamente como una señal de indiferencia o de abandono de parte de los padres.

La autoridad afectiva es un método democrático que se basa en promover la libertad dentro de ciertos límites. Según la filosofía que apoya esta orientación, padres e hijos tienen igual valor como seres humanos y ambos tienen el derecho a ser tratados con dignidad y respeto. En una familia democrática todos los miembros tienen derecho a expresar pensamientos y sentimientos y a ser escuchados. Esto no quiere decir que los hijos “pueden hacer lo que quieren” o que no tienen que obedecer y respetar a sus padres. Cuando los adultos tienen el control, los hijos se sienten seguros. Este tipo de autoridad enseña a los niños, adolescentes y jóvenes a desarrollar el razonamiento, a ser responsables de sus elecciones, a tener autocontrol

¿Quién manda en casa?

Es lo que dice Gianni Rodari en una deliciosa narración titulada precisamente “¿Quién manda?” “He preguntado a una niña: -‘¿Quién manda en casa?’ La niña se quedó callada y me miraba. -Dime, ¿quién manda entre ustedes? ¿papá o mamá?’ La niña siguió mirándome sin responderme. -‘¿Me lo vas a decir? Dime quién es el que manda’. Me miró otra vez perpleja. -‘¿No sabes qué quiere decir mandar? Sí que lo sabes. ¿No sabes qué quiere decir patrón? Sí que lo sabes. ¿Y entonces?’ La niña sigue mirando y callando. -‘¿Me tengo que enojar? Quizás es muda, la pobrecita’. Entonces la niña escapó corriendo hacia el patio. Desde allí, dándose vuelta y mostrándome la lengua, me gritó sonriendo: ‘No manda nadie, porque nos queremos mucho’.

y a aprender de las consecuencias de sus acciones. En este caso, la atmósfera familiar es decididamente positiva y serena.



Promover la libertad dentro de ciertos límites.